

Teatro Breve de Alonso de Santos
(50 Obras Cortas)

AZUL Y ROJO

(Una clínica. Sala de rayos X. Una mujer con bata de médico, y un hombre, desnudo de cintura para arriba y con la ropa en la mano.)

PACIENTE.- ¿Es algo grave, doctora?

DOCTORA.- Usted tiene dos corazones.

PACIENTE.- ¿Yo?

DOCTORA.- Dos corazones, uno a cada lado. ¿No ha notado nunca nada raro?

PACIENTE.- No... Si acaso, cuando me dejó mi mujer, que me puse azul.

DOCTORA.- Éste es un caso muy especial. Creo que con dos corazones hubo una vez una persona en Minnesota hace dos años, y otro en Australia... Pero aquí, en Móstoles...

PACIENTE.- ¿Y eso será malo, doctora?

DOCTORA.- ¿Pero usted no se había puesto nunca la mano así, en el corazón, para notar los latidos?

PACIENTE.- Sí, pero me la he puesto siempre a este lado. En el otro no había notado nada.

DOCTORA.- ¿Qué oficio tiene usted?

PACIENTE.- Trabajo en un Sex-shop.

DOCTORA.- ¿Y no ha tenido nunca molestias?

PACIENTE.- Anginas alguna vez... Es que allí, en invierno, como está la puerta abierta... con las corrientes...

DOCTORA.- Digo molestias graves, de corazón. ¿No nota ahogos?

PACIENTE.- Al principio de trabajar allí, sí. Luego me fui acostumbrando. Yo, la verdad, lo que me pasa, doctora, es que siempre he sufrido mucho por amor. A lo mejor es por eso.

DOCTORA.- Vístase, vístase que va a coger frío. Dos corazones, es un hecho.

PACIENTE.- *(Vistiéndose.)* Lo peor sería no tener ninguno. También tengo dos orejas, dos brazos...

DOCTORA.- No es lo mismo dos brazos que dos corazones. ¿Y la sangre le circula bien?

PACIENTE.- Yo creo que sí, normal.

DOCTORA.- ¿Cómo fue eso de que se puso azul? Lo que me dijo antes.

PACIENTE.- Fue cuando me dejó mi mujer. Estoy separado. Me había pasado antes, pero menos fuerte el color. Cuando sufro de amores, me pongo azul. Aquella vez es que era azul, azul. Me fui a la Plaza Mayor, donde está la estatua a caballo del rey ese, con una botella, como los otros separados y vagabundos de allí, y estaba completamente azul. Me decían que si venía del desierto. Por lo de los hombres azules del desierto, ya sabe. Estuve allí un mes, y todo el tiempo azul. Luego se me fue pasando, porque me enamoré de una que salía a un balcón a sacudir las alfombras todas las mañanas, morena, muy guapa. Un día la invité al cine Postas, que está al lado, pero me dijo que no porque las películas que echan allí son X.

DOCTORA.- ¿De qué lado duerme usted?

PACIENTE.- Cuando dormía con mi mujer, dormía del otro lado, o sea, ella para allá y yo para acá... del izquierdo. Y ya me acostumbré a ese lado. ¿Por qué? ¿Eso es malo?

DOCTORA.- No... ¿Y fuma usted mucho?

PACIENTE.- No, no fumo.

DOCTORA.- Pues vamos a ver qué le recetamos a usted... ¿Tose?

PACIENTE.- No.

DOCTORA.- Pues a usted las emociones fuertes, desde luego, no le vienen bien.

PACIENTE.- Mi madre decía: "Este hijo es todo corazón". ¿Y para el sufrimiento de amor entonces me podría dar algo?

DOCTORA.- Desde luego, en ese terreno, usted las debe pasar moradas.

PACIENTE.- Azules.

DOCTORA.- Bueno, es lo mismo. Pues me pone usted en un compromiso, porque para eso no se ha inventado nada. Ya ve usted todas las películas, y todas las canciones, hablando de lo mismo... “Que si me ha dejado éste o aquél, y sufro”, “¿Dónde estás corazón, oigo tu palpar...” Así que con dos...

PACIENTE.- Con dos corazones, y viviendo solo. Ya ve usted lo que son las cosas.

DOCTORA.- Bueno, eso nos pasa a mucha gente, no crea que a usted sólo. Es el problema de este siglo: la soledad.

PACIENTE.- ¿Está usted también separada, doctora?

DOCTORA.- No, viuda, que es peor. Una parada cardíaca. Si hubiera tenido dos corazones, como usted...

PACIENTE.- Pues lo siento mucho. Le acompaño a usted en el sentimiento.

DOCTORA.- Fue hace muchos años ya... Y se acostumbra una a todo. A todo menos a la soledad, como dice usted.

PACIENTE.- Y después de eso, ¿usted ya no...?

DOCTORA.- Comprenderá que después de mi dura experiencia..., y que me he encontrado siempre con hombres que no tenían corazón. O al menos, eso me parecía a mí.

PACIENTE.- Pues yo ya ve que de eso tengo mucho. Lo digo por si podía invitarla a un café... alguna vez. Hoy mismo, si es posible.

DOCTORA.- Con mucho gusto. Mi enfermera le dará hora... ¡Huy, perdón! Es la costumbre. Termina a las seis. Si usted quiere...

PACIENTE.- Pues la vengo a buscar a las seis... encantado.

DOCTORA.- ¡Se está usted poniendo azul!

PACIENTE.- Ya se lo dije. En cuanto me gusta mucho alguien... Pues usted se está poniendo roja.

DOCTORA.- Sí, desde pequeña me pasa, es que soy muy tímida.

PACIENTE.- Azul y rojo, ¿qué bonito, no? ¿Entonces a las seis?

DOCTORA.- A las seis.

(El azul y el rojo de paciente y doctora inundan las paredes de la consulta.)

OSCURO